



SAN MIGUELIN

(CUENTO ORIGINAL)

siempre ventanas, balcones y puertas se hallaban cerrados, — tenía abierta una ventana del piso bajo...

Allí nadie habitaba. Los guardas de la finca vivían tras de la corralada del Palacete; de abuelos á nietos, sabíase en el pueblo, que sólo muy de tarde en tarde iban al Palacete los señores, y así una vez al mes hacíase en este prodigioso caserón la limpieza.

¡Cuánto se hablaba de las bellezas, que dentro del Palacete existían! ¡Quién las viera!

Pedrin fijóse en aquella abertura, y primero se puso de puntillas en los pies para mirar, luego entróle la tentación de encaramarse al balconete de la ventana, y al fin, la irresistible idea de entrar... de entrar... en lo maravilloso.

Y lo hizo.

Valerosísimo curioso, investigador atrevido, — poeta lleno de los insensibles impulsos hacia lo bello, lo grande, lo extraordinario, — entró.

No habrá que decir cual fué su asombro al ver las magníficas arañas de los techos, doradas y llenas de prismáticas lágrimas; ante los cuadros admirables y riquísimos muebles, mullidas alfombras, relojes de pajarillos de movimiento, pues con tocar un botoncillo, revolaron y piron cual vivos; y por último, qué sorpresa la suya al entrar en un salón y ver en él una multitud de muchachos repartidos por todas partes, — bien que mayor sorpresa le causó comprender que no eran sino reproducciones de su propia imagen, por los magníficos espejos. — Pero en aquel paraíso ofreciósele un árbol de bien y de mal... una magnífica mesa, en la cual había innumerable reunión de figuras lindísimas de marfil, de plata, de porcelana, esculturas preciosas... y entre ellas un San Miguel... deslumbrador.

Casco de plata, de plata la espada; carita hermosa de ángel valiente hecha de marfil; qué alas, qué coraza, qué actitud, qué bonito santo... y qué grotesco y horrendo del vencido diablo que tenía á sus pies. — En el escudo del ángel se leía el *Quid sicut Deus!*

Toda la vida se estaría uno mirando aquella imagen... ¿Por qué no llevarla, para que madre la viese, y aun para contemplarla él, Pedrin, el embelesado Pedrin. Como ocurrió, difícil es decirlo. Entróle un temblor al niño, alargó la mano, se apoderó de la figura, buscó la salida fácil y pronta... y luego huyó, bajando apresuradamente por la misma ventana y á todo correr, hasta la aldea.

Una vez que se vió en su casa, en el pajarrete... detúvose á mirar su San Miguelín... ¡Qué bello, qué lindo!... pero entonces el terror más fiero apoderóse de su corazón; pues comprendió que era una insensatez intentar enseñárselo á madre. — ¡Qué le diría ésta?

¡Dios mío, Dios mío! ¿qué había él hecho? ¿Robar? No, porque lo volvería á poner en el mismo sitio en que lo había hallado; pero ¿cómo?

¡Ah, qué espanto!... Ya no había remedio, era necesario ocultar aquello... hasta que ocasión oportuna se ofreciese para restituirlo á su mesa del palacio. — Esperaría.

La fatalidad obra con rudeza... Los dueños del Palacete, los condes que jamás iban por allí, fueron á los pocos días, y bien pronto se supo en la aldea que del Palacete faltaba el San Miguelín, de inestimable valor.

¡Qué haría Pedrito? ¿Qué haría? ¡Horrible fué su pensar! Perdió alegría y colores, fuerza y brío, palabra y hasta las ganas de comer y el sueño. ¡Horrible desgracia!

Pronto fué notado el cambio que el niño venía sufriendo, su madre estaba aterrada y sin consuelo. — ¿Qué tiene el muchacho que demedra y se pone amarillo y los ojos se le apagan? ¿Enfermó? ¿De qué mal? Dios nos asista, acuda y ampare, y vengan ahora los males y el chico se nos desgracie, — decía el pobre bracero, padre de Pedrin.

Enflaquecía el niño, no tenía alientos para el habla, acurrucado, triston, solitario, se arrinconaba, y no hallaban modo de animarle y alegrarle. El señor médico estaba confuso. — «No sé qué mal tenga, como no sea mal de nervios, que es mal que por acá no conocíamos».

¡Pobre y estrecho pechito para contener un demonio como el del recordimiento, soportar un fuego como el de la engañosa vergüenza y resistir el devorador gusano de un secreto pesar! ¿Qué haría? ¿Confesar su falta?

— Padre toma un berriñche y se le pone roja la cara, colorados los ojos y de calentura fulminante... se muere... si es que antes no me mata. — Pensaba el muchacho. — Malo no sería que me matase, si él no muriera ó si luego viviendo no le quedase una pena gorda... la de que la gente pudiera decirle... tuvo hijo ladrón.

¿Qué hacer? ¿Destruir el objeto robado? ¿Cómo? Si era un santo y tal vez estuviera bendito. Devolverlo procurando que nadie descubriese al ladronzuelo... esto era difícil y expuesto... Antes morir que verse ante todos culpado.

¡Cuánto hacían padre, madre y la gente para consolar á Pedrin, de la pena que en el veñan y no se explicaban!

— ¿Quieres que te llevemos á nuestro señor del Cubillo?

— No, no; — decía el niño — ¡no tengo fuerzas! — añadía — ¡no tengo fuerzas para ir allá!

Ni el cumplimiento de antigua promesa de llevarle á la feria de la ciudad, ni la promesa de mercarlo un potro cuando fuesen por el lugar los



gitanos, ni el traje nuevo, ni cosa alguna lisonjera curaban el mal de Pedrin.

En cama se hallaba consumiéndose en fervor calenturiento; flaco, flaco que daba espanto mirarlo. ¡Cuántos lloros en su casa, cuántas penas! ¿Qué haría...? Allí bajo la almohada, entre un envoltorio de trapos, guardaba como un avaro la figurita... allí en la cama, sufría Pedrin terrores y sobresaltos de muerte, por miedo de ser descubierto... ¡Cómo, con terrible violencia, le chascaba el pecho su aterrado corazón...!

— ¿Qué quieres mi amor? ¿Qué mi cariño? ¿Qué deseas hijico de mis entrañas? — dijole una tarde madre... más afligida que nunca... — dimelo... — ¿Qué? — El niño moribundo tuvo una inspiración. — ¿Qué deseaba? pues bien que llamasen al señor cura; él le aliviaría.

Rápidamente fué llamado el señor cura, entró bondadoso y entristecido, encerráronse en el cuarto porque así lo suplicó Pedrin, y allí en la semiobscuridad, una manecita fría y escualida puso entre las suyas un objeto, y una voz como un suspiro dijo:

— Nadie lo sabrá. ¡Perdón! nadie, nadie lo sabrá sino usted, señor cura, y yo, y Dios... ¡El San Miguelín!

A los pocos días muy de mañana, gran ruido había en la cocina de casa de Pedrin; todos hablaban de la novedad, el objeto perdido en el Palacete, habíanle ya encontrado. Tal noticia era la del día. En esto la voz agónica de Pedrin llamó:

— Padre, madre... bésanme sus mercedes — dijo, y en su frente recibió los besos de sus padres y poniendo sus helados labios en la áspera y honrada mano de su padre, volvióle en último beso, el aliento de vida que de él había recibido, y el alma de aquel ángel voló al cielo... segura de que el secreto quedaba en lo hondo, sagrado é inmenso, de la religión.

José ZAHONERO



MADRID ELEGANTE

Ahora que el Carnaval de 1899 ha pasado ya á la categoría de los recuerdos, no veo inconveniente en que levantemos, para los lectores de esta Revista, algunos antifaces que han ocultado rostros aristocráticos y hermosos. Antes hubiera sido indiscreto revelar los nombres de las damas, y aun de los caballeros que ocuparon en la Batalla de Flores, carrozas engalanadas, tomando activa parte en la fiesta; hoy, si tal indiscreción existe, será más leve, y hallaremos seguramente perdón á nuestra falta, en el afán informativo que guía nuestra pluma.

El primer premio para carrozas, consistente en una magnífica ponchera de cristal de roca y *vermeil*, de tanta elegancia como riqueza, fué adjudicado y ciertamente en justicia á la de los *Chinos* ocupada por más de treinta jóvenes en su mayoría socios del *Nuevo Club*, vestidos con elegantísimos trajes de raso, bordados en sedas y oro; figurando, entre otros, los Duques de Huéscar (primogénito de los de Alba), de Luna (de la Casa de Granada), el Conde del Real, don Carlos y don Manuel Crespi de Vallaura, hermanos del Conde de Orgaz, el Marqués de Santa Cruz, primogénito de la Duquesa de San Carlos, don Luis y don José Gil Delgado, don Valentín Menéndez y don Alberto de Sedano, este último el verdadero organizador de la Mascara.

El primer premio para coches engalanados fué adjudicado á la señora doña Matilde Acuña de Le Motheux, que ocupaba un *breck*, vestido de rosa y verde, en compañía de su hija, de la Marquesa de San Miguel de Híjar, de las señoritas de Dominé y de Oteiro, del Duque de Montemar y otros amigos.

Llamó también la atención otro coche de *dominós* ocupado por las Condesas de Oliva y de Luna, hijas del Duque Viudo de Béjar, por las hijas de la Condesa de Patilla y por la joven Condesa de San Julián.

Con el baile de *Cabezas* celebrado el lunes de Carnaval en el palacio de los Marqueses de Monteaudo, han concluido todas las fiestas del invierno, pues aunque algunos salones han continuado abiertos, ha sido solamente para reuniones de intimidad. Así, la Marquesa de Squilache, siguió recibiendo en *confianza* los viernes por la noche, y por aquellos salones han seguido desfilando las eminencias de la política, pues sabido es que la ilustre dama cuenta con gran número de amigos en todos los partidos políticos.

Dicha señora, cuya actividad es verdaderamente prodigiosa, haa renunciado á sus relaciones que el día primero de Junio dará una fiesta en sus salones á la que los caballeros habrán de asistir con fracs de colores y las damas con tocados de flores ó de insectos; una verdadera apoteosis de la primavera.

Para descansar la Marquesa de Squilache organiza actualmente en Motril, donde se encuentra, una rifa á beneficio de los pobres que cuenta con magníficos premios, concedidos, entre otras personas, por S. A. la Infanta Doña Isabel, las Duquesas de Ahumada, Viuda de Ballén y Mandas, las Marquesas de la Laguna y Coquilla, Marqués de Casa Pavón, Conde de Caudilla y Belasevain, señores Echagüe, Silvela (don Eugenio), Díez Mortein, Fernández de Heredia, Gudal, España, Prida, General Marín, Romaguera, Rojas (don Federico), Nieto (don Emilio), Condesa de Orgaz, Marqués de Santa Genoveva, y señores de Samillán, sin faltar por supuesto, uno magnífico de la organizadora de tan notable rifa.

Muy pocos días ha permanecido en la Corte el Senador del Reino, Marqués de Vistabella, pero en esa breve temporada ha sentado casi diariamente á su mesa á gran número de amigos, quienes han podido admirar las nuevas obras de arte con que se ha enriquecido la ya valiosa colección del hotel de la Castellana. Su esposa é hijas permanecen en París.

Los Príncipes de Wrede acaban de terminar su instalación en el hotel que fué de la Duquesa de la Torre, habiéndolo hecho con tan refinado gusto y extraordinaria esplendidez que es hoy aquella morada una de las más bellas de la Corte; la mayor parte de los salones están decorados y amueblados conforme al gusto de la época de Luis XVI, siendo todos los muebles auténticos, y resultando un conjunto tan elegante que recuerda las descripciones hechas por los hermanos Goucourt en los interesantes libros consagrados á las mujeres célebres de Versalles.

La sociedad aristocrática confía en que muy pronto se han de celebrar brillantes fiestas en el hotel de los Príncipes de Wrede.

Y no va más por hoy; el que esto escribe supone que la pasada época cuaresmal habrá sido bastante penitencia; para sus bellas y amables lectoras; quienes, si prolongara esta crónica, encontrarían tal vez demasiado dura la que mensualmente les impone su cronista.

MONTECRISTO



MTRO. JUAN BAUTISTA ESTRADÉ. Fot. y Martí. Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

PARTE POLÍTICA DEL PROCESO DE CRISTO

I. — La tienda, el arca, el tabernáculo, el querub, el sacrificio, la sangre de los cabritos y de los toros, constituían toda la vieja liturgia israelita, y esta vieja liturgia israelita se contenía y encerraba en el templo levantado siglos atrás, por Salomón, y reconstruido en la edad misma del Evangelio, por Herodes. Las colecciones del Talmud y las historias de Josefo, nos hablan á una, con admiración idéntica, de aquel extraordinario lugar. El historiador, que había viajado mucho, declarólo el más bello sitio esclarecido jamás por los resplandores del día.

II. — Desde lo alto del jardín de las Olivas descubríasele en su conjunto. Y aquel sitio escogió Jesús para profetizar su ruina. Celebrándolo mucho los discípulos, como solían todos los judíos, Jesús dijo: «No quedará de tanta mole piedra sobre piedra.» Todo lo construido por Herodes cayó, en cumplimiento de la divina palabra, y si quedan algunas cortinas ruinosas donde se hallan empotradas piedras que parecen moles, ante las que todavía lloran los hijos de Israel, estas piedras enormes, cual montañas, pertenecían al viejo templo de Salomón, prometido por David á su pueblo.

III. — En las aras, en los altares aquellos, amenazados por la palabra de Cristo, veía el sacerdote judío, sobrepuetos y consagrados por una tradición oral incesan-

acerbidades, empan todos ellos con sus lágrimas, los pedruscos enormes y las ciclópeas moles restantes del espléndido templo de Salomón.

VII. — Así es que los acusadores, concitados contra el Salvador, echábanle tres cosas en cara y le hacían reo de tres capitalísimos crímenes: primero, anunciar la ruina del templo; segundo, presentarse como hijo del Señor y Mesías; tercero, creerse, por descendiente de Salomón y David, rey del pueblo judío. El Sanhedrín se movió, á este movimiento de indignación popular. Los escribas, los fariseos, los ancianos, congregáronse para entender en el caso y condenar al culpado. Hacía de fiscal, toda la población judaica, y hacía de juez, todo el judaico sacerdocio.

VIII. — Las condiciones del Sanhedrín en la edad aquella de Cristo, resultan especialísimas y muy dignas de maduro estudio. Como el Senado en Roma, este cuerpo sacerdotal, jurídico y legislador, tenía muchas facultades en confusión é indeterminaciones increíbles. Acordes con la tradicional política de su eterna ciudad, los romanos dejaban, en una especie de federación gigantesca, gobernarse los pueblos á su guisa, con tal que les reconociesen suprema soberanía eminente y les pagasen el debido tributo. Así el Sanhedrín judío gozaba de sus facultades políticas, de sus facultades religiosas, de todo su poder, incluso el jurídico, en aquello que no se opusiese á la dominación romana y al romano imperio.

IX. — Esta grande asamblea litúrgica podía, pues, perseguir y castigar á los criminales. Mas como en aquellos días, sobreexcitada la vía judaica por la conquista y dominación extranjeras, hubiese á cada paso revueltas no castigadas por el poder oficial, incapacitado completamente de indisponerse con sus correligionarios y compatriotas, el pretor ocurría de suyo á las necesidades públicas, persiguiendo y castigando los desórdenes, aunque resultaran sus promovedores, fieles al dogma bíblico y pertenecientes al pueblo judío. He aquí explicado el proceso de Jesús.

X. — Los jueces y ancianos reunieron por la noche, tras la sacra cena, y decretaron el apresamiento. Jesús, profundamente humano en toda su vida, lloró, vaciló antes de resolverse al supremo sacrificio; pero, una vez resuelto, lo abrazó y lo consumó sin vacilaciones hasta el fin. Inútilmente los discípulos y apóstoles dormían mientras los concitaba él á que vigilasen; inútilmente Judas lo vendió por un puñado de monedas; inútilmente lo negó Pedro; inútilmente los fariseos rasgaron sus vestiduras al oírle y le insultaron, y escupieron tantos sayones como desataran para perseguirlo y prenderlo; penetrado Jesús de que su obra redentora se perfeccionaba con aquel sacrificio suyo, lo aceptó en conformidad con su divino ministerio, muriendo por todos nosotros. A esto debemos nuestro Redentor y nuestra redención.

EMILIO CASTELAR

te, no sólo el sacro altar de Salomón y de David, relativamente modernos; aquellos otros en que Abraham quiso inmolar á su hijo Isaac, en que Noé ofreció su primer holocausto al retirarse las aguas del diluvio, en que Abel presentó sus candidas ofrendas, en que Adán inició tras el pecado su reconciliación religiosa con el mismo Dios que acababa justamente de castigarlo y herirlo.

IV. — El templo representaba para el judío su historia entera, sus héroes y sus mártires, sus patriarcas y sus profetas, el Dios revelado á Moisés en las zarzas del Oreb, y el Mesías prometido por Esdras y por Daniel, en los cautiverios y en los destierros. A todo había ocurrido la previsión de los constructores, despertada por las tradiciones litúrgicas. No se podían contar sus atrios, no se podían abrazar sus columnas; de cedro incrustado y esculpido sus techos, de mármol blanco sus pilares, de piedras multicolores y clarísimas ágatas sus pavimentos, de varias pero regulares figuras sus patios, de bronce sus puertas, de riquezas indecibles sus tesoros; una legión sus sacrificadores, su altar una fortaleza; innumerables las fuentes y más innumerables todavía las víctimas; en lo alto el santuario dorado por dentro y fuera; una parrá de oro en los alfizares, un velo babilónico en los enverjados; la mesa de las proposiciones á un extremo, á otro el candelabro de los siete brazos, entre ambos el ara de los incensarios; por doquier los varios sacerdotes con sus túnicas de largas mangas, con sus cinturones bordados, con sus turbantes multicolores, algunos con sus tiaras semi persas, ofreciendo aquí las abluciones, allá los perfumes, más lejos las lecturas, en otro sitio los holocaustos, y en todas partes el rito legado por cien generaciones y trascendente á todos los tiempos.

V. — Así el pueblo creía su templo tan perdurable como su Dios. En vano le contaban las leyendas y tradiciones antiguas, que un día, el construido por Salomón y preparado por David, se derrumbó en aquel mismo sitio. No quería pensarlo; antes bien, aguardaba con viva fe y con segura esperanza el Mesías y el mesianismo. Aquel sacerdocio, nacido con la tierra misma, preservado por Dios de las aguas del diluvio, en su ministerio de conservar la vieja idea tradicional, no debía tener interrupción alguna. Los siglos se mellaban contra las piedras del Templo, mas no se resentía, no, sobre sus cimientos, tan sólidos como la columna sustentadora de la tierra.

VI. — Y, sin embargo, Cristo dijo que se desplomaría todo él, arruinándose y desapareciendo hasta sus fragmentos y sus raíces. No hacía un siglo que Pompeyo lo profanara y no debía transcurrir un siglo, antes de que la profecía del Salvador se cumpliera. Mas para el materialismo judío, amenazar al templo, era tanto como amenazar á Dios. Hoy mismo los israelitas, que han pasado en sus padres por veinte siglos de humillaciones y



NOTAS ARTÍSTICAS. — DIBUJO AL CARBÓN, por G. CAMPS.

LA VIDA

Primero la niñez dulce y serena,
sin inquietud ni pena,
resbalando entre juegos y sonrisas:
¡puro y naciente albor, fresco capullo,
indescifrable arrullo
de hojas y ramas, pájaros y brisas!

Feliz después la juventud despierta,
como la flor abierta,
y perfuma el amor los corazones:
¡ardiente claridad, fijo deseo,
misterioso aleteo
de sueños, de esperanzas, de ilusiones!

Luego la ancianidad, triste y sombría,
como nublado día,
entre recuerdos al sepulcro marcha:
¡sombra crepuscular, seco ramaje,
tristísimo paisaje
de olvido y muerte, lobreguez y escarchal

MERCEDES DE VELLILLA

LA BATALLA DE VILLALAR

La batalla de Villalar es uno de los acontecimientos más grandes que registra la historia de nuestro país. A ella precedió el levantamiento de las *Comunidades Castellanas*, y la formación de la *Santa Junta*, en Avila.

De un lado combatieron los soldados del rey y de los nobles; del otro, las milicias de los pueblos y de las ciudades.

Para estimar y comprender mejor toda su importancia, dividiremos esta reseña en tres partes:

Causas que promovieron el levantamiento de las *Comunidades* (unión de pueblos).

Formación de la *Santa Junta*, en Avila.

Batalla de Villalar.

Agitada, como nunca, aparece Castilla á la subida al trono del primer monarca de la casa de Austria, Carlos I, quien sabedor apenas de la muerte de su abuelo, Fernando el Católico, intenta tomar el título de rey que se le otorga, — á pesar de que nuestras leyes se oponían á ello, — merced al Cardenal Cisneros, Regente á la sazón; pero á condición de que en todos sus actos le precediese el nombre de su madre Doña Juana, vulgarmente apellidada la *Loca*, recluida en Tordesillas.

La turbulenta nobleza, para vengarse de los agravios que decía le habían inferido los reyes católicos, promueve los motines de Mayorga, Burgos, Salamanca y Valladolid.

Cisneros recoge el guante, y levanta, frente al ejército de los grandes, las milicias provinciales, que toman el nombre de su respectiva ciudad; ordena una pesquisa contra los bienes de los nobles, y cuando éstos se presentan á exigirle los poderes con que gobierna, les responde, señalándoles las milicias formadas bajo sus balcones:

—Mirad; esos son mis poderes, y con ellos gobernaré á Castilla hasta que vuestro amo y mío venga á tomar posesión de su reino.

Don Carlos pagó tanta lealtad y los consejos de que apartase de su lado á los flamencos que traía de Gante, su país, y cuyo número, *avaricia é insolencia dañaba* á los castellanos, negándose á verle, y enviándole una fría carta en que le autorizaba para retirarse á su diócesis de Toledo; carta que fué la causa de la muerte del ilustre Cisneros.

Con efecto; los nobles flamencos venden los cargos públicos y extraen la moneda, sobre todo la de oro, con tal escándalo, que el pueblo dió en cantar bajo los balcones del favorito Chievres:

«Que Dios os guarde doblón de á dos,
Que Monsiur Xebres no topó con vos.»

Don Carlos tan sólo convoca las Cortes de Aragón, Cataluña, Valencia y Castilla, para exigirles tributos y más tributos.

Eligido emperador de Alemania, por muerte de su abuelo Maximiliano, decide marchar á coronarse, y vuelve á juntar las Cortes en Santiago de Galicia, cerca de la Coruña, en cuyo puerto quería embarcarse, faltando á las leyes que exigían una ciudad en *tierra llana* de Castilla.

Protestan los diputados y le piden:

«Que corte los abusos introducidos en el reino;

Que no salga de Castilla;

Que no se vendan los cargos públicos;

Que la Inquisición sólo mire al servicio de Dios, sin oprimir á los pueblos;

Y que se administre pronta y recta justicia.»

En Villalpando, camino ya de Santiago, recibe Don Carlos á los Procuradores, *repreniéndoles por su atrevimiento*; á pesar de lo cual le siguen á Santiago, resueltos á cumplir su mandato.

Niéganse los diputados de Toledo y Salamanca al nuevo subsidio que les exigía, y son desterrados.

En la Coruña, á fuerza de *cohechos* y por un voto de mayoría, obtiene el subsidio; y Don Carlos parte para Alemania, dejando por Regente á su preceptor el cardenal Adriano de Utrecht, y por capitán general á don Antonio de Fonseca (22 de Mayo de 1520).

Herida Castilla entera; la nobleza, por el desvío con que Don Carlos la había tratado, dejando por Regente á un extranjero; el clero, por el nombramiento de un joven alemán, Guillermo de Croy, para arzobispo de Toledo; y las ciudades, por no haber visto atendidas sus quejas, empieza el levantamiento de las *Comunidades*, reuniéndose en Avila la llamada *Santa Junta*, compuesta de nobles, clérigos, diputados y populares; encargándose de la formación de un gobierno nacional, que empezó declarando nulos los poderes del cardenal Adriano y del Consejo Real.

El Consejo, para castigar á Segovia, cuyos vecinos arrastraron al Procurador Tordesillas, en castigo de haber votado en la Coruña el subsidio, faltando á las órdenes que llevaba, quiso sacar de Medina del Campo la artillería que allí había reunido Cisneros, y como sus habitantes se negaran á entregarla, el capitán general Fonseca mandó incendiar la población con todas las ricas mercaderías almacenadas para su famosa y próxima feria.

Segovia, y á su frente el regidor don Juan Bravo, prometieron vengar el desastre de Medina y lo cumplieron.

Pretende Adriano ampararse de la reina Doña Juana; pero los populares se le adelantan, y la noble señora dice al ilustre capitán de la gente de Toledo don Juan de Padilla y al valiente don Juan Bravo, después de recibirles y oír sus quejas, con gran benevolencia y agasajo:

—Mientras que yo pueda remediar eficazmente los males de que os quejáis, proseguid haciendo todo lo que convenga al bien público.

Entonces, la *Santa Junta* pasó á instalarse al lado de ella, en Tordesillas; y Padilla marchó á Valladolid, cuya ciudad le recibió en triunfo.

Al saber Don Carlos que la nobleza ayuda al levantamiento, se humilla ante los que había despreciado, nombrando por gobernadores al Almirante y al Condestable de Castilla, y por capitán general al Conde de Haro.

A partir de este momento, los grandes procuran no sólo abandonar, si que traicionar á las comunidades.

Mientras la *Santa Junta* se entretiene en mandar á Don Carlos el célebre *Memorial de agravios*, consignando todas sus quejas y reclamaciones, los nuevos gobernadores levantan gentes, traen socorros de Navarra y dinero de Portugal, y Adriano rehace en Riaseco el Consejo Real, al tiempo que el Conde de Haro va juntando un numeroso ejército en la villa de Melgar.

Encarcelados, sin respeto á su carácter de embajadores, los portadores del *Memorial de agravios*, en Worms, la *Santa Junta* reúne bajo sus banderas 17.000 hombres que tiene la imprudencia de poner á las órdenes del noble don Pedro Girón, quien, secretamente, entendiase con los imperiales, hasta que descubierta su traición se ve forzado á huir.

**



LA BATALLA DE VILLALAR

Nombrado jefe de las tropas populares don Juan de Padilla, verdadero ídolo de las comunidades, los nobles tratan de adormecerle y desprestigiarle con mentidos tratos de paz, logrando de él una tregua, que no debió concederles, después de los triunfos de los populares en Ampudia, Mordejón y Torrelobatón.

Al cabo, y sabedor del aumento del ejército imperial, salió de Valladolid al frente de 7.000 peones, 500 lanzas y alguna artillería, para recoger la gente que le enviaban de Toro y Zamora, marchando el último, a fin de proteger la artillería, que iba en el centro.

El ejército imperial, al mando de Haro, compuesto de 6.000 peones y 3.000 jinetes, avisado por sus espías salió de Tordesillas, — de cuya villa había logrado apoderarse, — siguiendo a los comuneros hasta avistarlos en los campos de Villalar, pequeña villa a siete leguas de Valladolid, situada sobre un cerro en la margen izquierda del río Hornija.

Padilla mandó desplegar a los populares en línea de batalla, mas la maniobra se hizo muy difícil por estar encharcado el terreno, particularmente los sembrados, con la copiosa lluvia que desde el amanecer estaba cayendo.

Los comuneros, a quienes la lluvia azotaba de cara, cegándolos, fatigados por una jornada de siete leguas sobre un terreno lleno de lodo, trataron de ganar el pueblo, así para guarecerse como para fortificarse.

Para colmo de desdichas su artillería, por una inicua traición, había caído en un barranco, del que no era posible sacarla; suceso que los imperiales aprovecharon para cañonearlos primero y después para acometerlos con su caballería y aprovechándose de la confusión, desbaratarlos.

Padilla, Bravo y don Francisco Maldonado, — capitán de la gente de Salamanca, — trataron de rehacer sus huestes, logrando por un momento conseguirlo, y ayudados por los bizarros capitanes don Juan de Luna y don Juan de Figueroa pudieron rechazar a la caballería realista, en la que iba la flor de la nobleza, procurando conservar el paso del puente sobre el Hornija, hasta que nuevos y repetidos cañonazos de los imperiales, y la lluvia, que no paraba, aumentaron la confusión de los populares, desordenando sus filas y comenzando la huida, ellos siempre tan valerosos.

Desesperado Padilla, exclamó:

—No permita Dios que digan las mujeres de Toledo y Valladolid que traje sus hijos a morir y después me salvé huyendo... Y con cinco escuderos de su casa y al grito de *Santiago y Libertad* se entró por entre los escuadrones realistas, derribó del caballo de un bote de lanza a don Pedro de Bazán, hasta que despedazada la astilla en fuerza de repartir golpes, y acometido por un centenar de enemigos cayó del caballo, quedando prisionero de don Alonso de la Cueva a quien entregó su espada y manopla.

Don Juan Bravo, empeñado en la noble tarea de desenlazar la artillería, y don Francisco Maldonado, que procuró detener a los que huían, abandonados de los suyos, cayeron igualmente prisioneros, no queriendo huir.

Entre los perseguidores de los comuneros distinguieronse el fraile dominicano Juan Hurtado, que gritaba desahogado: — ¡Matad a esos impíos y disolutos, eterno descanso gozará en el cielo el que destruya esa raza maldita!; y el caballero don Juan de Ulloa que cuando vió prisionero a Padilla le azotó el rostro con su guantelete.

El resultado de tan triste jornada fué, cien comuneros muertos, cuatrocientos heridos y mil prisioneros.

Padilla, Bravo y Maldonado, fueron conducidos a Villalar y el tribunal, compuesto del doctor Cornejo y los licenciados García Fernández y Salmerón, los sentenció a morir degollados, como así se ejecutó al siguiente día.

Las cartas de Padilla a Toledo, su ciudad natal, y a doña María Pacheco, su esposa, no pueden leerse sin derramar lágrimas y de buen grado las copiaríamos, a contar con mayor espacio.

Llegada la hora del suplicio, como en la carrera fuese gritando el prisionero:

—Esta es la justicia que manda hacer S. M. y en su nombre los gobernadores, en estos caballeros, mandándoles degollar por traidores...

—Mientes tú, y aun más quien te lo mandó decir, — exclamó altiva y fieramente Juan Bravo, — traidores no, más celosos del bien público y defensores de las libertades.

A lo cual replicó Padilla con noble entereza:

—Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.

Bravo guardó silencio; pero al llegar a la plaza y ver el tablado, dijo al verdugo:

—Mátame a mí el primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.

Y la cuchilla segó su garganta.

Llegó al cadalso Padilla y dijo al verle:

— ¡Ahí estáis vos, buen caballero!...

Levantó los ojos al cielo y entregó su cuello al verdugo.

Maldonado tuvo que sufrir la inmensa pena de ver degollar a sus dos amigos, muriendo el tercero.

En Villalar no se perdieron las libertades de Castilla y sí las de España entera, pues de haber triunfado los populares en aquel día, se hubiesen afianzado las de Valencia, Mallorca, Aragón y Cataluña, que luego cayeron bajo el poder del mismo Don Carlos, de Felipe II y de Felipe V.

Sobre el rollo de Villalar fueron tasadas las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado, y sus restos mortales, que yacían al pie, se exhumaron de orden del gobierno en 1821, trasladándose a la catedral de Zamora; y el 24 de Abril de 1889, se inauguró en Villalar un obelisco en memoria de los tres heroicos comuneros.

E. RODRIGUEZ SOLIS



FLORECILLA DEL CAMPO